

POESÍA Y VERDAD

Un amigo común, hace ya días, nos preguntaba —una vez hubo leído algunos de nuestros versos— sobre qué entendíamos por poesía, cuándo y en dónde se encuentra lo que hemos convenido en señalar como unidad temática y unidad poética. A todo esto no le contestamos, pero allí mismo prometimos escribir para él algo acerca de sus tan difíciles interrogantes no sin antes hacer breve hincapié indicando que, al cabo, no se trata de montar menuda ciencia, sino más bien de ordenar las sensaciones subjetivas que nos han ocupado durante estos años.

Empiezo por apropiarme de un bello y sugestivo título de Goethe que, aquí, puede venir pintiparado. La acepción, pues, que vamos a dar al vocablo “verdad” es bien diferente, en este caso, de la que le dio el poeta; se trata por lo tanto de la verdad poética nuestra, propia; surgida de nuestra inexperiencia pero desde lo más profundo de nuestro ánimo. Una vez establecidas estas premisas, empiezo.

¿QUE ES POESÍA?

Desearía complacerte pero no creo que ni yo ni nadie pueda hacerlo ante tal pregunta. La poesía no es, en principio, algo estático, no; es inquieto, es palpitante en palabras de Machado: “Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación de espíritu”. Bien está, pero podrás argumentar ahora que cualquier barroco no hubiera dicho eso sino más bien lo contrario, sin dejar de ser plenamente válido y legal su pensamiento. Así, pues, no sabemos exactamente qué es poesía; sí sabemos, y diferenciamos perfectamente, un texto poético de otro que no lo es. ¿Cómo puede darse entonces lo que convenimos en llamar prosa-poética? Yo creo que tal no existe realmente. En el más claro sentido es algo que sólo nos indica la forma y el fondo de un texto: un fondo poético que adquiere formas de prosa. Viene a ser una paradoja. Cuando un poema no tiene rima, ni medida, ni ritmo, tendrá figuras u otras formas que provoquen en nosotros emociones y contengan parte de nuestro ánimo. Porque si no tienen nada de esto ni de aquello se convierte en algo bien diferente de lo que entendemos por poesía. El primer período o etapa de Miguel Hernández, que podría abarcar de 1930 a 1935, es —en palabras de Jacinto Luis Guereña— “poesía en prosa y baluceos poemáticos”. Que un poeta no se haya definido en su forma de expresión no quiere decir que sus poemas sean poesía en prosa. De 1933 es *Perito en lunas* o *El silbo del dale* (1).

*Dale que dale, dale,
molino, piedra, aire,
cabrero, monte, astro;
dale que dale largo.*

Más, mucho más prosaico, sin serlo, sería, por ejemplo, “Duerme, amor...”, de E. Eutuchenko, y ahí tienes el ejemplo claro de un poema que, además de salvarse íntegramente por lo que dice, se salva por cómo lo dice: es una mezcla, se me ocurre, de nana, balada y canción protesta. Escucha:

*Brillan en la valla las salpicaduras saladas.
La puerta está cerrada ya.*

*Y el mar,
hirviendo, irguiéndose y rompiendo contra los diques,
ha absorbido el sol salado.
Duerme, amor...*

.....

<i>que vuela enloquecido</i>	<i>Estamos en un mundo</i>
<i>y es preciso abrazarse</i>	<i>y que amenaza estallar,</i>
<i>y si hay que caer,</i>	<i>para no caer en él,</i>
<i>Duerme, amor... (2)</i>	<i>caigamos abrazados.</i>

.....

Habría que leerlo en ruso. Por ello, por todo esto, debemos pensar que realmente no hay prosa-poética. Todo lo más, admitámoslo únicamente para indicar o referirnos a cierta poesía libre. Una frase de Shakespeare en su *Cuento de invierno* puede venir muy bien ahora: “El horror no está en el que arde en la pira, sino en el que la enciende”. No hay pues que echar leña al fuego de este mar de confusionismo que nos rodea.

Oí hace tiempo que poesía es “la sublimación de una o unas experiencias materiales a través del espíritu del hombre y por medio de la palabra”. ¿Verdad? Sí. ¿Completa? No. Pero ya te pone en antecedentes: poesía es la sublimación de algo (gusto, sentido, sensaciones, color...), en ella está fundido el espíritu de su creador y el camino es la palabra.

LA UNIDAD

Oirás hablar mucho de unidad temática, de unidad poética. Unidad de unidades y todo unidad. Un libro con unidad temática podría ser, además de *Campos de Castilla*, tan ejemplarizado ya, *Ni tiro, ni veneno, ni navaja*. De esa señora que el año pasado me preguntabas quién era: Gloria Fuentes.

*Escribo, más que cantar cuento cosas.
Destino: La Humanidad.
Ingredientes: Mucha pena
 mucho rabia
 algo de sal.*

“Dentro de la poesía española actual el caso de Gloria Fuertes es muy singular. Estamos ante una poetisa que ha encontrado lo que muchos buscan sin conseguir, su propio camino poético” (J. P. González Martín) (3). Por eso en ella todo es unidad aunque sean muy diferentes los temas a tratar —que tampoco lo son— dado que encontró su propio camino poético de forma y fondo. No ocurre así con otros poemas. *Blanco Spirituals*, del que tanto gozaste, es un libro unitario de formas —tan diferente de *Las Piedras*, del que tanto gocé— que no tiene a veces unidad poética. “Debería ir el lunes a que me hagan una radiografía” (4), ese poema tan bello y tan frío, es un dos-en-uno, como ocurre tan a menudo últimamente. Me explico: en una primera parte el poeta nos habla de él en pasado inmediato

*Al levantarme esta mañana
y escupir como de costumbre las flemas de mis bronquios*

y otra parte, que es otro poema por sí sola, en la cual habla a su hija en presente. Para mí son dos poemas diferentes; dos momentos, cada uno completamente definidos, de inspiración.

Enfoquemos mejor, desde una más amplia panorámica, este problema general de la poesía: unidad o no unidad; to be or no to be. Aunque el autor en este caso se refiera a Bécquer (5), sus palabras pueden valer perfectamente para este problema que nos atañe. “El intento del poeta —como del hablante en todo caso— es comunicar una vivencia propia, y en la creación literaria queda siempre la huella de esta impronta unitaria”. El poeta, pues, estructurará aquella idea o sensación que tuvo en un principio. Verá entonces, acomodando modos y formas, la mejor forma de cantarlas; maneras, siempre apropiadas para aquello que va a decir. Aa veces todo ello es un maremagnum de intuición; no raciocinio ni lógica perseverante en pos de la construcción pomática. En principio deberíamos pensar que el poeta escribe porque sí. Objetivamente esto no es cierto. El poeta escribe de una determinada forma por su carácter, por su preparación cultural, porque leyó a tales autores y no a otros; en definitiva por los binomios madurez-genialidad o inmadurez-vulgaridad. El poeta maduro es unitario; tal vez más de fondo que de formas. El poeta inmaduro entabla una lucha constante entre el qué digo y el cómo lo digo. El primero siempre tiene algo que decir, de ahí su fecundidad, y sabe o encuentra la forma justa de decirlo. El segundo camela más o menos aceptablemente la forma con el fondo. Por eso, el otro día, leyendo “*El equipo CLARABOYA: teoría y poemas*”, no aceptábamos su teoría ni sus poemas aunque convenimos en la aceptación de su teoría por un lado y sus poemas por otro y de ningún modo de sus teorías y sus poemas como un todo, lo cual no cuadraría ni a la de tres. Pedir la búsqueda de nuevas formas y valores e indicarnos el camino con poemas muy calcados de formas y valores hace años en boga no es, a mi parecer, serio. Y no es poesía vanguardista por supuesto. Los poetas auténticos hacen, en este sentido, su poesía y callan. Rara vez explican teorías ni invitan a renovaciones. Las renovaciones las hacen ellos mismos y que los demás vean. Ya sabes aquel viejo refrán castellano: “El que quiera peces que se moje el...” El que quiera inventar otra poesía, empeño muy loable, que la busque, que la haga sin señalar con el dedo cual debe ser. De unidad se debe aprender mucho todavía hasta poder cambiar este oscuro panorama.

Esto es todo por hoy, Samuel. Mañana seguiremos.

GONZALO VÁZQUEZ-DODERO

- (1) Miguel Hernández, *Poesías*, Taurus Ed. Págs. 9 y siguientes y 31.
- (2) Evgueni Evtuchenko, *Entre la ciudad sí y la ciudad no*. Alianza Editorial. Pág. 21.
- (3) J.P. González Martín, *Poesía Hispánica 1939-69*. El Bardo. Págs. 97, 243, 249.
- (4) Félix Grande, *Biografía*. Seix Barral. Pág. 232.
- (5) Rafael de Balbín *Poética Becqueriana*. Prensa Española, Pág. 186.